

EL ARTE DE LA INDIGNACIÓN

ERNESTO Y FERNANDO CASTRO (EDS.)

EDITORIAL



DELIRIO

EL ARTE DE LA INDIGNACIÓN

Director de la colección La Bolgia

Fernando R. de la Flor

Consejo Editorial

Francisco Bautista

Túa Blesa

Rafael Bonilla

Fernando Broncano

Luis Canseco

Daniel Escandell

Amelia Gamoneda

Manuel Lucena

Felipe Núñez

Manuel Ambrosio Sánchez

Pedro Serra

Paolo Tanganelli

EL ARTE DE LA INDIGNACIÓN

ERNESTO Y FERNANDO CASTRO (EDS.)

GONZALO VELASCO ARIAS

MIGUEL ESPIGADO

MIGUEL Á. HERNÁNDEZ-NAVARRO

IVÁN LÓPEZ MUNUERA



Colección La Bolgia, 8

Primera edición: septiembre 2012

EL ARTE DE LA INDIGNACIÓN

Colección La Bolgia, 8

© 2012, Ernesto Castro Córdoba y Fernando Castro Flórez (Eds.)

© 2012, de los textos, sus autores.

© 2012, EDITORIAL DELIRIO S.L.

www.delirio.es / info@delirio.es

Diseño de la colección: F.R.F

Impreso en *Iberoprinter*, Salamanca, España.

Printed in Spain.

ISBN: 978-84-938607-8-3

Depósito Legal:

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

EDITORIAL

ÍNDICE DE TEXTOS

COMO UNA TORMENTA DE VERANO

ALEGATO CONTRA EL PRIVATISMO CIVIL

Ernesto Castro Córdoba

Página 9

INTELECTUALES

CUERPO Y (DES)APARICIÓN EN EL I 5M

Anónimo

Página 25

GENEALOGÍA DE LA INDIGNACIÓN EN EL ESTADO SOCIAL

¿EL RETORNO DE LA GRAN PASIÓN POLÍTICA?

Gonzalo Velasco Arias

Página 45

UN RELATO ÉPICO

Miguel Espigado

Página 79

DELIRIO

EDITORIAL

LOW-FI REVOLUTION

CARTONAJES, PERFORMANCES PRECARIAS Y ESTÉTICAS RELACIONALES

Miguel A. Hernández-Navarro

Página 103

DADME UNA PANCARTA Y MOVERÉ EL MUNDO

LABORATORIOS EMOCIONALES Y NUEVAS ESTRATEGIAS DE REPRESENTACIÓN

EN EL SUJETO ACTIVISTA TRAS EL 15M

Iván López Munuera

Página 123

«MIEUX VAUT UN DESASTRE QU'UN DÉSÊTRE»

[25 NOTAS CRÍTICAS EN TORNO AL ARTE Y LA POLÍTICA DE LA INSUBORDINACIÓN]

Fernando Castro Flórez

Página 135

DELIRIO

EDITORIAL

INTELECTUALES

CUERPO Y (DES)APARICIÓN EN EL I5M

ANÓNIMO

...Probablemente no existe ningún remedio para esta dificultad. Pero puede ser paliada si el intelectual consigue hacer comprender que no lo es más que momentáneamente, y por una determinada causa, y que para defender esa causa, él solo es uno más entre otros, con la esperanza (por vana que sea) de perderse en la oscuridad de todos y conseguir un anonimato que es incluso, en tanto que escritor o artista, su aspiración más profunda siempre desmentida.

Maurice Blanchot, *Los intelectuales en cuestión*.

Antes de iniciar cualquier participación en un libro como este, deberíamos atender a la consideración previa de Maurice Blanchot y afrontar una duda fundamental acerca del lugar de quien escribe y del papel que pretende adoptar en el contexto social o académico en el que toda publicación se inscribe: ¿Es necesario acaso que todo texto vaya precedido por un nombre, por un apellido, esto es, por una firma? ¿Resulta imprescindible que quede respaldado por un individuo particular? ¿Es necesario que cada ensayo que hoy se redacta, al contrario de tantos otros que han sido producidos de manera colectiva desde mayo de 2011, quede amparado bajo un pasado legitimador, una biografía académica, una trayectoria profesional? De la

DELIRIO

EDITORIAL

mano de Pierre Bourdieu, sociólogo al que volveremos más adelante y que ha sido uno de los autores que con mayor rigor ha revisado el papel de los intelectuales en la sociedad moderna y contemporánea, tendríamos que plantearnos entonces algunos interrogantes adicionales acerca de las decisiones que los editores de este libro piensan tomar: ¿Se colocarán breves biografías al final de la publicación? ¿Se imprimirán en la portada los nombres de quienes en ella participan? ¿Se indicará que los colaboradores son, hasta cierto punto, sujetos avalados por un *background* curricular? En definitiva, ¿se tratará de conferir un cierto valor simbólico a este volumen? Estas dudas, que en otras circunstancias pueden resultar más o menos irrelevantes, se tornan sin embargo ineludibles cuando se quiere llevar a cabo una aproximación crítica a la figura del intelectual en los contextos sociopolíticos contemporáneos y de revisar cuál fue su (des)aparición durante el llamado movimiento de los «indignados».

Efectivamente, antes de comenzar siquiera a escribir algo sobre el papel de los intelectuales en aquellos «turbulentos» meses, y para tratar de ser fieles a una dinámica colectiva de la que muchos fuimos en mayor o menor medida partícipes, tendríamos que preguntarnos si nuestro nombre, que ahora recupera argumentos pensados colectivamente durante el desarrollo de aquellas innumerables asambleas y discusiones de grupo, debería apropiarse, y por tanto expropiar, un conocimiento común para obtener una rentabilidad particular. Y la respuesta inicial, como se puede observar, es negativa. Este texto no llevará ninguna firma; este texto asume que le debe demasiado a todas aquellas personas que compartieron jornadas intensivas de discusión y debate durante largas noches de asamblea como para extraer ahora una plusvalía simbólica individual. Si algo nos enseñaron aquellas semanas de «moderada lucha» colectiva, en las que tantos análisis económicos y políticos mostraron su incapacidad para rearticular un

DELIRIO

EDITORIAL

contexto histórico que se reveló profundamente empobrecido, es que al menos esa fidelidad hay que mantenerla; lo que fue de la multitud debe quedar como de la multitud (o del común, si se prefiere)²⁴. Es más, este

24 No consideraremos aquí en detalle, por no ser este el lugar adecuado para ello, el hecho de que, aunque en un acontecimiento revolucionario se rompen siempre los límites de lo (im)posible, visto ahora con cierta perspectiva «histórica» parece que el movimiento de los indignados, el 15M o la *#spanishrevolution* haya sido, en cierta medida –y posiblemente desde sus mismos inicios al amparo de textos como el de Stéphane Hessel–, un acontecimiento condenado al fracaso en tanto que Revolución, cuando no, directamente, un movimiento constituido también por posturas profundamente conservadoras. No obstante, resulta importante aclarar nuestro punto de vista.

Si se tiene en cuenta que el libro de cabecera de muchos de los que participaron en el movimiento no era otro que el pequeño panfleto *¡Indignaos!*, parece fácil aceptar semejante evaluación crítica. El texto del viejo resistente francés, exaltado astutamente por los medios de comunicación de masas, no es solo irrelevante en sus apuestas teóricas y políticas, sino que, por encima de todo, resulta profundamente reaccionario y biempensante. Las coordenadas que el libro aplica en torno al pacifismo responden más a un texto de autoayuda aeroportuaria que a un análisis verdaderamente crítico de una situación en la que la lucha de clases (hoy mediada por los grandes fondos de inversión) se revela cada vez más como la clave última del problema. Hessel, que para colmo, y quizá no inocentemente, se dirige a los jóvenes y no a los trabajadores, a los parados o a los inmigrantes, no tiene ningún problema en señalar, casi a la manera de un mal predicador parroquial, consideraciones como la siguiente: «Hay que entender que la violencia vuelve la espalda a la esperanza. Hay que preferir la esperanza, la esperanza de la no-violencia. Es el camino que debemos aprender a seguir. Tanto por parte de los opresores como por parte de los oprimidos, hay que llegar a una negociación para acabar con la opresión; esto es lo que permitirá acabar con la opresión; esto es lo que permitirá acabar con la violencia terrorista. Es por eso que no se debe permitir que se acumule mucho odio». Stéphane, H., *¡Indignaos!*, Barcelona, Destino, 2011.

DELIRIO

EDITORIAL

dilema acerca de la firma, del nombre, del saber y del hablar desde lo alto

Así pues, no deja de ser irónico que, dejando a un lado otros grupos mucho más críticos (anarquistas, comunistas cristianos, libertarios, defensores del Estado laico, etc.), durante el mes de agosto de 2011 coincidiesen en las calles de Madrid la juventud del Papa Benedicto XVI y la juventud de Stéphane Hessel, un católico camuflado de revolucionario laico incapaz de llevar a cabo un verdadero análisis de las condiciones de explotación que hoy se imponen sobre la clase trabajadora. Hessel no tiene ningún reparo en caer en la peor de las contradicciones al afirmar que la lógica del poder contemporáneo (con sus invasiones de Irak o sus tiranías financieras) se presenta como un totalitarismo más sofisticado que el nacionalsocialista, en justificar a continuación que la autodefensa fue necesaria contra la ocupación alemana en los años cuarenta, y en concluir afirmando, sin embargo, que cualquier tipo de respuesta contra el poder financiero tiene que estar pensado desde la *esperanza*. Tampoco extraña que tras la mínima resistencia generada en torno al Parlament el 15 de junio de 2011, Hessel, que no había realizado ninguna declaración de repulsa tras la brutal intervención policial de la Plaça Catalunya el 27 de mayo, se apresurase a sacar un comunicado solidarizándose con los políticos «agredidos».

Si bien es necesario defender que el 15M ha sido, y es, una posibilidad efectiva y necesaria de repolitización de una sociedad como la española, profundamente marcada por la despolitización histórica del franquismo y de la Cultura de la Transición (policial), tampoco creo que debamos dejarnos llevar por un entusiasmo acrítico, como les ha ocurrido a algunos fascinados con la lógica de la multitud, que nos impida comprender por qué el movimiento, en su mesiánico afán integrador (recordemos aquel discurso: todos tienen lugar aquí, desde la derecha hasta la izquierda, desde la policía hasta los mendigos, desde los empresarios hasta los sindicatos, con la condición de que dejen a un lado sus siglas) fue incapaz de articular un auténtico espacio de confrontación política y ha quedado, sobre todo, como un aprendizaje para posibles movilizaciones futuras. Por eso mismo no estaría de más que el texto de cabecera fuese otro libelo también de rápida lectura, pero mucho más acertado, a pesar de su «antigüedad», en sus análisis críticos sobre la situación actual: *El manifiesto comunista*, donde, entre muchas otras cosas, se puede leer: «Los obreros, que tienen que venderse al por menor, son una mercancía como otro artículo de comercio

DELIRIO

EDITORIAL

de un supuesto pedestal de legitimidad teórica y editorial no es en absoluto anecdótica, sino nuclear para lo que aquí nos ocupa. En ese dilema de los nombres y sus privilegios estriba en realidad una de las cuestiones que trataremos de plantear a lo largo de este texto, en el que, de algún modo, nos gustaría defender que la denostada figura del «intelectual» no tiene por qué quedar identificada con un «líder» que, a la manera de Jean-Paul Sartre en los años sesenta, ilustra a la sociedad sobre los problemas que esta padece, sino que su valor operativo fundamental radica tanto en una auto-exposición efectiva al conflicto político como en una lógica de la desaparición, algo que, como veremos hacia el final del texto, se dio de manera especialmente significativa en las asambleas del 15M.

Se ha recordado ya en incontables ocasiones que fue Émile Zola, con su arriesgada implicación durante el caso Dreyfus entre 1897 y 1900, quien instauró algunos de los parámetros referenciales para entender qué papel asumirían los intelectuales a partir de entonces²⁵. Diversos autores, entre los que cabría destacar a Maurice Blanchot, Edward W. Said o Pierre Bourdieu, han aludido a aquel acontecimiento antisemita y a la valiente intervención del novelista francés para responder a la pregunta: «¿qué es

cualquiera, expuesta igualmente, pues, a todas las vicisitudes de la competencia, a todas las oscilaciones del mercado». ¿No es esta una respuesta perfecta a aquellas pancartas, un tanto infantiles, que afirmaban: «No somos mercancía en manos de políticos y banqueros»?

25 De hecho, como se sabe, el calificativo «intelectual» apareció inicialmente como una apelación peyorativa que determinados antidreyfusistas, como Maurice Barrès o Ferdinand Brunetière, aplicaban a los representantes de la cultura que defendían al capitán Alfred Dreyfus. Entre ellos, obviamente, el propio Émile Zola.

DELIRIO

EDITORIAL

un/a intelectual²⁶?). Con sus diferentes publicaciones en los periódicos *Le Figaro* y *L'Aurore*, con sus distintos folletos autoeditados o con su famosa carta al presidente de la República francesa bajo el título *Yo acuso*, Zola encarnó y aglutinó algunas de las características que, a partir de entonces, acompañarían al intelectual en el desarrollo de una modernidad que no solo querría ser dinámica sino, por encima de todo, ilustrada²⁷. Así pues, entre las peculiaridades más relevantes a las que han hecho referencia tanto estos autores como muchos otros, cabría destacar una profunda independencia frente al poder establecido, una voluntad de expresar públicamente heterotopías críticas, un alto grado de autonomía con respecto a otros campos sociales y, por encima de todo, cierta defensa tanto de valores éticos tendentes a lo universal como una pasión inquebrantable por la *verdad*²⁸. Respecto a este último término resulta imprescindible recordar

26 En este texto evitaremos hacer referencia permanentemente a los géneros, así como recurrir a la «@» o a la «x» cuando hablemos de los «intelectuales». No quiere esto decir, sin embargo, que no seamos plenamente conscientes de que los intelectuales no quedan limitados al género masculino o al femenino. Como es bien sabido, algunos de los intelectuales más relevantes de las últimas décadas emergen desde posiciones *queer* o de transgénero.

27 Maurice Blanchot recoge, por ejemplo, la siguiente réplica que Émile Durkheim –intelectual que también defendió a Dreyfus– le hiciera a Maurice Barrès: «Nosotros no nos reconocemos ningún privilegio superior, sino que pretendemos ejercer nuestro derecho de hombres y hablar en nombre de la razón únicamente, una razón que por nuestros compromisos profesionales tenemos el deber de servir». Blanchot, M., *Los intelectuales en cuestión*, Madrid, Tecnos, 2003, p. 66.

28 En lo que a lo universal se refiere, Pierre Bourdieu señala: «Los intelectuales [...] no son los portavoces de lo universal, menos todavía una “clase universal”, pero sucede

DELIRIO

EDITORIAL

que no solo Zola lo incluyó en el título de la compilación de artículos y cartas realizada en 1901, *Yo acuso. La verdad en marcha*²⁹, sino que lo utilizó reiteradamente, hasta en cincuenta ocasiones, en el cuerpo mismo del texto. Esta insistencia cualitativa y cuantitativa en el valor de la verdad hace evidente la importancia que esta, junto a la *justicia* o la *independencia*, habrían de tener no solo para el autor francés en aquel momento, sino también para una determinada concepción política del intelectual a partir de entonces. Casi un siglo más tarde, en los años noventa del siglo xx, en la introducción a las Conferencias Reith para la BBC publicadas bajo el título *Representaciones del intelectual*, Edward W. Said volvía a insistir en este asunto: «El principal deber del intelectual es la búsqueda de una independencia relativa frente a las presiones [de la universidad, de la Iglesia, del gremio profesional, de las potencias mundiales, etc.]», y continúa: «describo al intelectual como un exiliado y un marginal, como un aficionado, y como el autor de un lenguaje que se refuerza al decirle la verdad al poder»³⁰.

que, por razones históricas, tienen frecuentemente *interés en lo universal*». Bourdieu, P., «Los intelectuales y los poderes», en *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, p. 172. Al referirse a la verdad Maurice Blanchot señala: «El intelectual habla de la Verdad (de aquello que a él le parece verdadero), habla de la Justicia, habla del Derecho, habla hasta de la Ley, e incluso del ideal. Pero acto seguido debemos rectificar y precisar. El intelectual no es un puro teórico, está entre la teoría y la práctica. Hace públicas declaraciones, discute y se agita cuando, en algunos casos concretos, le parece que la justicia está siendo puesta en entredicho o amenazada por instancias superiores». Blanchot, M., *op. cit.*, pp., 59-60.

29 Zola, É., *Yo acuso*, Barcelona, El viejo topo, 1998.

30 Said, E. W., *Representaciones del intelectual*, Barcelona, Debate, 2007, p. 17. En relación con algunas de las cuestiones que traeremos a colación más adelante sobre la implicación *corporal* del intelectual en un conflicto de carácter político, se podrían tener en cuenta las

DELIRIO

EDITORIAL

Ahora bien, más allá de estos atributos harto señalados, y que podríamos llegar a considerar evidentes o incluso tópicos dentro de una perspectiva moderna, lo cierto es que en un momento como el actual debemos pensar que existen dos cuestiones mucho más relevantes para analizar la figura del intelectual. Estos dos aspectos, a los que enseguida haremos referencia, estaban presentes incluso en los textos que el propio Zola escribió en aquellos años, pero curiosamente no han sido destacados con la intensidad y la importancia que hoy merecen. Al leer por ejemplo artículos como *Por una internacional de los intelectuales* de Pierre Bourdieu o *The Public Role of Writers and Intellectuals* de Edward W. Said, lo que encontramos son alusiones a la autonomía –tanto con respecto de los poderes políticos, como económicos o mediáticos– o reivindicaciones acerca de una necesaria confrontación con las injusticias que el poder promueve. Y sin embargo, más allá de estas cuestiones, que hoy tienen que asumir sus limitaciones ante la creciente intervención de las grandes corporaciones en las universidades, la mayor profesionalización y especialización de los sectores, o la dependencia (ahora superada tan solo hasta cierto punto por internet) de los canales mayoritarios de centralización de la información (televisión, grandes periódicos, cadenas de radio, etc.), lo cierto es que las dos características fundamentales para entender cuál es el acontecer coherente de lo que podríamos definir como un contemporáneo *devenir-intelectual* son: la exposición corporal y la disolución de la propia imagen.

imágenes del propio Edward W. Said lanzando piedras en la frontera entre el Líbano e Israel el 3 de julio del año 2000 y, sobre todo, tomar nota de que desde el año 1971 estuvo bajo la vigilancia del FBI por su implicación contra la ocupación israelí.

DELIRIO

EDITORIAL

En primer lugar debemos considerar que el intelectual, y sobre todo en contextos históricos con una creciente conflictividad social, no lo es *tanto* por tener una especial lucidez a la hora de analizar problemas particulares, esto es, por ser un especialista, un erudito, un académico o un experto, sino por lo que deberíamos asumir como una cierta capacidad para llevar a cabo una «auto-exposición corporal» en el seno de un panorama político determinado. Cuando se revisa el siglo xx en busca de aquellos que habrían marcado una dinámica de lo que *la actitud intelectual* podría significar, nos percatamos enseguida de que una de las características más importantes ha sido el riesgo que casi todos ellos asumieron en lo que denominaríamos la acción de «poner el cuerpo». A diferencia del pensador o del filósofo que acepta trabajar desde una determinada distancia, la apertura discursiva del intelectual, su palabra, las imágenes que propone o la dinámica reflexiva que expone tienen que llevar consigo una cierta presencia del cuerpo, esto es, una apertura arriesgada frente a las lógicas efectivas o potencialmente violentas del poder establecido. Si se hace un repaso rápido de esta cuestión, y si se recuperan algunos nombres aleatorios como Walter Benjamin, Simone Weil, Malcolm X, Pier Paolo Pasolini (o tantos otros *sin nombre* que han desaparecido en el violento flujo de la historia), se hace evidente que no solo quedaron marcados por una gran capacidad reflexiva o por una acertada nitidez a la hora de analizar problemas de carácter sociológico, económico, político, mediático o nacional, sino por confrontar determinadas fuerzas hegemónicas hasta el punto de exponer su propia vida. «Un intelectual —escribe Maurice Blanchot en esta línea— no debe únicamente juzgar o tomar partido, debe exponerse y responder, por esa decisión, si es necesario, al precio de su libertad y de su existencia»³¹.

31 Blanchot, M., *op. cit.*, p. 107.

DELIRIO

EDITORIAL

Así pues, el intelectual, y me gustaría insistir en esto, no puede ser *identificado* con un pensador sino, por encima de todo, con un agente corporal, carnal incluso, que asume, acarrea, padece y confronta el impacto de una violencia que es siempre la propia del poder. El intelectual sería entonces, hasta cierto punto, una forma de estar del cuerpo contra el poder, frente al poder, al margen de las lógicas dominantes del poder. Un cuerpo, eso sí, que expande y disemina también conceptos, afectos y preceptos capaces de rearticular la dimensión política de otros cuerpos, esto es, de una comunidad en proceso de transformación politizada. El intelectual no sería entonces ni el revolucionario («puro» cuerpo de la acción política) ni el especialista («distanciado» de la acción política), si bien podría ser, simultánea o puntualmente, tanto una cosa como la otra o fluctuar entre ambos espacios de manera permanente y según las circunstancias políticas concretas.

Es interesante darse cuenta de que este dilema acerca del cuerpo, que habría que destacar como un elemento constitutivo de cualquier biografía que se ve atravesada por el impulso de la experiencia intelectual, está presente ya, incluso, en el caso del propio Zola. Cuando se revisa la biografía de los últimos años de su vida, no solo se comprueba que debido a su activa implicación contra la condena de Dreyfus le fue suspendido el grado de oficial de la Legión de Honor y se vio obligado a exiliarse en Inglaterra, sino que su muerte pudo deberse a una acción coordinada de los servicios secretos franceses. Como se señala en el prólogo a la edición en castellano de *Yo acuso*, «la noche del 28 al 29 de septiembre de 1902, de regreso a París tras sus vacaciones en Médán, Émile Zola muere asfixiado en su casa debido a las exhalaciones de una chimenea. Desde 1898, Zola había recibido numerosas amenazas de muerte, pero este “caso” nunca llegó a esclarecerse». Así pues, ya en este primer ejemplo de

DELIRIO

EDITORIAL

intelectual se hace patente que el cuerpo y la vida auto-expuesta parecen fundamentales. Es más, el propio Zola era plenamente consciente de que las decisiones que tomaba no solo constituían la expresión pública de un determinado punto de vista, sino que de manera simultánea acarrearban el riesgo efectivo que supone siempre mantener y defender la posibilidad de un horizonte político. «Al lanzar estas acusaciones –escribía por ejemplo en la carta pública al presidente de la República, Félix Faure, del 13 de enero de 1898–, no ignoro que me expongo a que se me apliquen los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de julio de 1881, que castiga los delitos de difamación. Pero me arriesgo voluntariamente». No hay pues, ya en el caso del escritor francés, palabra sin cuerpo ni discurso sin acción. Cuando se recuerdan entonces las muertes de Walter Benjamin, de Malcolm X o de Pier Paolo Pasolini, y la forma en que fueron amenazados, difamados, perseguidos o asesinados, se hace patente esta cuestión fundamental a la que, como se señalaba más arriba, no se le ha prestado la atención suficiente: la potencia intelectual implica, casi a la manera de los estoicos clásicos, que al hablar de política la política misma, con su propia distorsión del espacio compartido, le atraviese a uno el cuerpo. A diferencia de tantos profesores y académicos, el intelectual sería entonces aquel que piensa corporalmente y extiende la dimensión corporal de sus afirmaciones críticas a la posibilidad de lo colectivo, con todos los riesgos (reales), que semejante postura conlleva. Y es ahí entonces, precisamente, donde retorna, por la vía del cuerpo y de la encarnación de la palabra, una cierta dimensión de la verdad; una verdad, cabe decir, comprometida. Una verdad del cuerpo que expone y se auto-expone, en su asumida fragilidad y disolución potencial, al acontecimiento político.

Nada más lejos por tanto que entender al intelectual como una persona limitada o centrada en el pensamiento, en el análisis afinado de los proble-

DELIRIO

EDITORIAL

mas culturales o en la reflexión puramente filosófica. Nada más lejos que considerarlo tan solo como un analista preciso o especialmente acertado. Si bien todos estos elementos pueden ser constitutivos de su labor, no se constituyen en realidad como elementos *suficientes*. Para que la posibilidad intelectual llegue a darse —y considero fundamental seguir reivindicando esta posibilidad, que es también la posibilidad de una disolución en el *todos*—, tiene que existir una confrontación efectiva con unas lógicas del poder que, al menos hasta el día de hoy en Occidente, y en plena crisis económica más que nunca, están preparadas y dispuestas para devolver el golpe (policial, militar, laboral, etc.). El intelectual tiene que hacer daño al poder, tiene que ser capaz de resquebrajar determinados presupuestos en los que este logra asentar sus dinámicas policiales y tiene que estar preparado, por tanto, a que el poder responda con violencia (si es que él mismo no es ya la propia violencia).

El segundo aspecto que, si bien sí ha sido puesto de relieve en varias ocasiones tampoco ha sido problematizado con el suficiente rigor al analizar la figura de los intelectuales en nuestro tiempo, es el modo de su auto-(re)presentación en la esfera pública: ¿cómo y de qué forma trabajan los intelectuales para adquirir presencia y notoriedad en un contexto sociopolítico determinado? ¿Qué lugar pretenden y quieren ocupar? ¿Por qué asumen un cierto papel y hasta qué punto anhelan convertirse en figuras de referencia? ¿Cómo y para qué fines gestionan, al fin y al cabo, la (re)presentación pública de su propia imagen? Esta cuestión, que también estaba presente en las inquietudes que Zola expuso a la hora de publicar su compilación de cartas sobre el caso Dreyfus, ha ido ganando complejidad con el avance del siglo xx hasta llegar a ser, actualmente, uno

DELIRIO

EDITORIAL

de los problemas más complejos sobre los que cualquier agente cultural debe reflexionar. Ya en el prólogo escrito para la publicación de *Yo acuso*, Zola recordaba: «No me he apresurado a publicar este volumen. [...] Me repugnaba enormemente la idea de que se pudiera creer que buscaba publicidad o que me movía el afán de lucro en una cuestión de lucha social». Casi un siglo después, en los años noventa, Pierre Bourdieu describía un horizonte sin duda preocupante: «Y hablar de beneficios simbólicos! Sin duda, la televisión ha contribuido mucho más que los sobornos a la degradación de la virtud civil. Ha llamado e incitado al frente de la escena política e intelectual a personajes “presumidos”, atentos —antes que nada— a hacerse ver y a hacerse valer, en contradicción total con los valores de devoción humilde por el interés colectivo que hacían el funcionario o el militante. La misma preocupación egoísta de hacerse valer (frecuentemente a costa de rivales) explica que las “declaraciones efectistas” se hayan vuelto una práctica tan común»³².

No puede ser más acertada esta reflexión del sociólogo francés; la manera en que alguien gestiona las dinámicas y las circulaciones para que su voz asuma un prestigio en el espacio público no es en absoluto circunstancial o irrelevante. Por qué se habla o se escribe, cómo, cuándo, en qué medios. Todas estas preguntas, si bien pueden resultar menores en una primera instancia, terminan revelándose imprescindibles en unos entornos de mediación espectacular en los que, como bien señala Bourdieu, los beneficios simbólicos tienen un valor y una importancia mayor que cualquier soborno de carácter económico. No se trata solo de recuperar aquella premonición warholiana acerca de los quince minutos de fama, sino

32 Bourdieu, P., «No hay democracia efectiva sin un verdadero contra-poder crítico», en *Intelectuales, política y poder*, op. cit., p. 181.

EDITORIAL

de asumir que en un mundo en el que todo queda homogeneizado por el flujo interminable de la pseudo-diferencia comercial, resulta fundamental para algunos destacar e intensificar un nodo de atención (mediática). Si la ontología clásica afirmaba: «de la nada nada se hace», y la «ontología» del capitalismo podría afirmar: «sin extracción de plusvalía nada se hace», en la industria cultural se podría revisar una economía simbólica fundamentada en el: «sin audiencia nada se hace». No es extraño, por esto mismo, que Bourdieu, en su conocido ensayo *Sobre la televisión*³³, recuerde cómo, a partir de los años setenta, numerosos intelectuales pactaron para adecuar su discurso al imperio veloz del intervalo televisivo. Efectivamente, el intelectual, o mejor aún, una idea fosilizada del mismo, habría trabajado y trabajaría hoy intensamente para prestigiar su propia imagen y convertir su discurso en un punto de referencia de la atención mediática. Y es aquí, aunque parezca paradójico, donde se sitúa una de las cuestiones más críticas que cabe plantear a estas «figuras», más empeñadas en la promoción personal que en una confrontación pública efectiva. No son pocos los que sin escrúpulos insisten en colaborar permanentemente con los medios de comunicación dominantes, tampoco aquellos que, a través de las nuevas redes de comunicación como Facebook, Twitter o blogs de diversa índole, procuran una visibilidad obsesiva que nada tiene que ver con anhelos políticos o incluso revolucionarios de ningún tipo, sino tan solo con una promoción personal de carácter simbólico y académico o con el mero orgullo de ser escuchados. De hecho, no existe una lejanía sustancial entre estos expertos en la gestión de la auto-promoción en el campo de la cultura y los publicistas, expertos en la promoción de *signos*. Se trata, en último término, de dinámicas de competitividad, inversión y

33 Bourdieu, P., *Sur la télévision*, Paris, Raisons d'Agir, 1996.

DELIRIO

EDITORIAL

éxito en absoluto alejadas de los «emprendizajes culturales»; modos de comportamiento personal en los que se busca obsesivamente la conversión del propio discurso en una mercancía (¿de alta gama?) para competir adecuadamente en el duro sector del debate público/académico.

Si hace un momento insistíamos en que la dimensión corporal del intelectual debía tenerse en cuenta como un aspecto indiscutible para diferenciarlo del profesor, del académico o del experto, que se adaptan a las estructuras sociales de una manera más o menos «natural», ahora, en un contexto sociomediático fundado en la imposición del espectáculo generalizado, y en el cual la difusión de la propia imagen resulta tan importante o más que el bienestar material, es necesario poner en cuestión también y revisar con atención el modo en que los intelectuales generan posiciones de resistencia frente a tales coordenadas. Esta será, sin ninguna duda, una de las labores más importantes que tengan que asumir; una labor que tendrá, por qué no afirmarlo, cierto punto de auto-destrucción, de auto-crítica o de sacrificio. El intelectual, en tanto en cuanto anhela generar posturas de resistencia frente a determinadas lógicas del poder imperante, tiene que comenzar su reflexión por un análisis de las zonas que transita en el imaginario (espectacular) colectivo. El intelectual tiene que establecer una resistencia al capitalismo espectacular, informativo e inmaterial, y tiene que asumir, por esto mismo, una estrategia de la desaparición. Si Zola, en un momento en el que la cultura mediática moderna aún se encontraba en un estado incipiente, temía que su compilación de textos pudiese ser interpretada como una estrategia de promoción personal en detrimento de la lucha social a la que en realidad aspiraba, y si Pierre Bourdieu consideraba, en los años noventa del siglo pasado, que numerosos intelectuales habían sucumbido al poder de los periodistas y de los *managers* de la comunicación para hacerse visibles, aun a costa de la potencia crítica de sus discursos,

DELIRIO

EDITORIAL

hoy tendríamos que revisar con una atención exhaustiva el modo en que, por medio de las redes sociales o los periódicos, numerosos «intelectuales» trabajan en una lógica de la hipervisualidad y la auto-promoción más o menos permanentes³⁴.

34 Resulta interesante recuperar aquí unas anotaciones que Amador Fernández Savater escribió en su blog del diario *Público* el 8 de julio de 2011 y que hacen alusión precisamente a este tema. Fernández Savater reconoce de manera explícita lo contradictoria que puede resultar una postura como la suya que, si bien está implicada en el movimiento 15M –un movimiento sin líderes ni portavoces oficiales–, mantiene el valor de la autoría a través de su colaboración con un medio de comunicación nacional. Desde nuestro punto de vista las respuestas que él mismo propone no resultan en absoluto convincentes y se desmontan por sí solas. Es más, si bien Fernández Savater encarnó de algún modo la lógica del intelectual que pone su cuerpo en la lucha (pues no hay duda de que ha participado en diferentes movimientos sociales y que participó también en las acciones que tuvieron lugar en las plazas y en las calles de Madrid), cayó sin embargo en la actitud de aquel que quiere convertirse en una voz de referencia; de intelectual que sabe y deja constancia del valor de su propio saber en detrimento incluso del error de otros (ver, por ejemplo, el primer párrafo de su entrada del 15 de julio). Vale la pena recuperar, a pesar de su extensión, lo que él mismo escribió aquel 8 de julio porque recoge en gran medida el problema que queremos recuperar en este artículo: «Yo mismo me pongo dos “peros”: 1. Aquí [en mi blog] el yo no se disuelve en un proceso colectivo, sigue habiendo un “autor”. 2. Todo esto se publica en un periódico, lo que da “poder” a mi voz (que ya no es una voz “cualquiera”)». Sobre el punto 1: se sabe que las vanguardias de todo tipo han experimentado hace décadas con la disolución del yo en procesos y tramas colectivas, donde ya no se sabe qué es de quién, donde no hay autor asignable ni responsable, donde ningún nombre propio puede privatizar dinámicas colectivas, donde el anonimato es radical (o donde un seudónimo representa ese carácter colectivo, múltiple y descentralizado de la creación-producción: Luther Blissett, por ejemplo). Conozco, comparto, he practicado y practico esa modalidad de anonimato. Pero hoy también me pregunto si es la única vía posible para escapar de

DELIRIO

EDITORIAL

Si se acepta entonces que los problemas del cuerpo y de la propia imagen,

la maldición del “autor individual y propietario”, si es la única articulación interesante y liberadora entre yo y nosotros, lo común y la singularidad. Veo que en las redes sociales y los blogs hay un uso de la primera persona, con la potencia que tiene ese tipo de enunciación muy encarnada, pero como un nombre propio más, como uno cualquiera; y además conectado a un flujo de conversación colectivo, aportando a un gran relato coral (blogsfera, hashtags, etc.). Quizá podamos pensar hoy también lo colectivo como un *sistema de resonancias* entre puntos singulares y no sólo como un mural dibujado a muchas manos. Sobre el punto 2: publicar en la tribuna de opinión de un periódico hace que mi voz sea la de “alguien” y no la de cualquiera. Los riesgos de hablar desde esa “tribuna” son claros y conocidos: colocarse como intelectual-que-sabe, personaje-protagonista que se apropia y representa un flujo colectivo, identificación de la palabra como la línea de un medio de comunicación, etc. Los riesgos están ahí, son mi sino. Hay que pensar y decidir qué se hace (y *cómo*) en cada situación (lo que no significa empezar de cero cada vez). ¿Cómo destituirse de la posición de saber, cómo devolver al flujo colectivo, cómo despegarse de todo alineamiento partidista de la palabra? Medité si publicar los apuntes en *Público* o en el blog de Acuarela y finalmente me decidí por *Público*. ¿Por qué? Para llevar el 15M a lugares incómodos, donde (supuestamente) no debe estar. Llevar aquí lo que está acá, hacerlo circular. Cruzar fronteras y pasar algo de contrabando. Moverse en las costuras (entre los medios y la calle, entre el periodismo y el activismo). Jugar en las reglas de un medio de comunicación, pero sorteando en lo posible sus exigencias: la información desencarnada, la opinión exterior, los textos breves y digeribles, etc. En definitiva, como dice un amigo, para *extender la peste*. Ver: <http://blogs.publico.es/fueradelugar/date/2011/07>

Ambos puntos no son en sentido estricto disociables en tanto que problema (autoría y colaboración con un periódico). Ahora bien, con respecto al primero de ellos deberíamos responder que, aunque las dudas de Fernández Savater acerca de la posibilidad de que el nombre reaparezca en contextos puntuales como el de internet son perfectamente legítimas e incluso defendibles, no parece que sea un proceso «revolucionario» fundamentado en la ausencia de líderes ni voces privilegiadas como el 15M el lugar más adecuado para experimentar con semejante opción, menos aún desde una plataforma tan privilegiada

DELIRIO

EDITORIAL

más allá de las cuestiones relacionadas con la autonomía del campo a las que se hacía referencia al principio del texto, son centrales en el análisis del lugar que ocupa el intelectual en *un determinado* contexto social, nos damos cuenta enseguida de que se plantea un dilema de difícil solución: por un lado parece que los intelectuales tuvieran que generar procesos de funcionamiento intensivos que los llevase a asumir sus discursos no como análisis apartados de los hechos, sino inmersos en ellos, mientras que, por el otro, parecerían tener que situarse en una cierta estética de la desaparición para romper con las coordenadas de la autopromoción típicas del estadio actual del capitalismo.

Ahora bien, volviendo a la cita inicial de Blanchot, ¿es esta síntesis entre aparición y desaparición factible? ¿Cabe acaso la posibilidad de articular una postura intelectual semejante? ¿Puede generarse una adecuación entre la obligación de poner el cuerpo (y por cuerpo entendemos la seguridad laboral, el prestigio social, las propiedades personales, la libertad o incluso, en determinados casos límite, la propia vida) y la obligación de desaparecer, de no estar a la espera del rédito curricular o mediático? Efectivamente, por muy contradictorio que esto pueda resultar, lo cierto es que semejante posibilidad se dio de manera singular, como cuarenta años antes también ocurrió en las calles de París, durante las acampadas del 15M³⁵. Aquellos y

como un periódico nacional y menos aún, si cabe, cuando el apellido que uno lleva (Savater) no es precisamente *uno cualquiera*. Respecto al segundo punto, habría que señalar que la alusión final a una supuesta extensión de la peste (referida posiblemente a la *dignidad* en Albert Camus) podría valer como excusa para cualquiera que quisiese asumir un cierto lugar privilegiado, lo cual no es, claro está, aceptable. ¿No podría afirmar exactamente lo mismo Enrique Dans en su relación con el Instituto de Empresa?

35 Efectivamente, una cierta disolución ya se manifestó como posible en mayo de

EDITORIAL

aquellas que participaron tanto en esas acampadas como en las diferentes asambleas o comisiones de trabajo fueron, cabe afirmar, operadores que atravesaron (y fueron atravesados) por lo que podríamos definir como «instantes de intelectualidad». No se trata, por tanto, de propuestas esencialistas que defenderían un «ser del intelectual» a la manera de un estado que perdura y se endurece, sino más bien como unas dinámicas transitivas basadas en la expresión pública de un cuerpo político en el espacio colectivo o, mejor aún, un cuerpo politizado que se expone y se abre a lo común, pero sin aparecer en la postura del que *sobresale*, sino como el de aquel que se integra y se «disuelve» en el proceso social en transformación. Así pues, cabría pensar, y defender, por supuesto, que la verdadera (ahora sí) postura intelectual no sería ni puramente singular (sujetos privilegiados) ni de todos en todo momento (populista), sino transitiva e intensiva. Una afirmación acertada (y valiente) en una asamblea, una descripción de las condiciones de explotación contemporáneas especialmente lúcida, una voz de apoyo ante la consideración expuesta por una compañera, un escrito o una pintada atinada sobre un cartón o una pared. Todas estas posibilidades serían testimonios de eso que ahora

1968. «Cuando algunos de nosotros —escribe Maurice Blanchot— tomaron parte en el movimiento de Mayo del 68, creyeron que iban a poder evitar cualquier pretensión particular, y en cierto modo lo consiguieron, a no ser considerados aparte, sino como todos los demás, pues la fuerza del movimiento antiautoritario era tal que hacía fácil el olvido de las particularidades y no permitía hacer distinciones ni entre jóvenes ni viejos, desconocidos o demasiado conocidos, como si, a pesar de las diferencias y continuas controversias, cada uno se reconociera en las frases anónimas que se escribían en los muros y que finalmente, incluso cuando habían sido elaboradas en común, jamás se anunciaban como frases de autor, siendo de todos y para todos, en sus contradictorias formulaciones». Blanchot, M., *op. cit.*, p. 114.

DELIRIO

EDITORIAL

preferimos llamar dinámicas transitivas de intelectualidad, esto es, tiempos profundamente corporales, profundamente disueltos en el debate colectivo. Ser un fantasma, uno más (*¿das Man?*) entre tantos, pero no para quedar aletargado bajo las coordenadas biopolíticas del poder inmune de la *nada*, sino para aparecer, como un fognazo que se disemina en el cuerpo de los otros; esto es, para testimoniar el impulso de verdades corporales; de cuerpos que rearticulan y redimensionan su tensión política: su exigencia vital.

Los intelectuales del 15M no habrían sido entonces, claro está, todos aquellos que aguardaron en el confortable nido de la lechuga para reaparecer *a posteriori* y escribir textos eruditos o «esclarecedores» sobre lo que (no) fuimos, sino todos aquellos que durante un tiempo determinado (tiempo menos infinito de lo que hubiésemos querido) prefirieron ser parte de una multitud que hasta cierto punto no fue masa, sino efectiva transformación del espacio colectivo en pos de otros modos de hacer, de estar, de producir y de compartir. Esos habrían sido los auténticos intelectuales: sujetos politizados «perdidos» en el cuerpo múltiple del movimiento y que no callaron durante aquellos meses, tampoco permanecieron estáticos, sino que bajaron a las plazas para compartir sus reflexiones colectivamente, en el espacio horizontal de las asambleas, allí donde también ellos aprendieron, y esto es *lo fundamental*, que las contradicciones de una sociedad injusta no se descubren solo desde una teoría sabia o académica, sino que surgen también por medio de un debate político corporeizado y que es, tantas veces revelado (con mayor lucidez si cabe) por aquellos «no ilustrados» que padecen de manera directa la fuerza disolutiva del Poder/Capital, y que con dos palabras, una frase o tres coordenadas, desmontan toda su falsedad.

DELIRIO